

## *¡Confía en el pueblo! El populismo y las dos caras de la democracia* de Margaret Canovan (1999). Una aproximación desprejuiciada a la brecha de la política.

Sergio Quintero Martín\*

**Sumario.** 1. Introducción. 2. Sobre la traducción del artículo de Canovan. 3. ¡Confía en el pueblo! El populismo y las dos caras de la democracia. Margaret Canovan (Universidad de Keele). ¿Qué es el populismo?. El populismo y las estructuras de poder. Apela al “pueblo”. El estilo populista de la política. El ánimo populista. ¿Es el populismo democrático?. Política redentora y pragmática. Las dos caras de la democracia. Radicalismos populistas y participativos. Conclusiones. Bibliografía.

**Cómo citar:** Quintero Martín, S. (2022). *¡Confía en el pueblo! El populismo y las dos caras de la democracia* de Margaret Canovan (1999). Una aproximación desprejuiciada a la brecha de la política. *Res Pública. Revista de Historia de las Ideas Políticas*, 25(2), 285-296.

### 1. Introducción

La cuestión del populismo es en la actualidad uno de los principales nudos gordianos para la ciencia y la teoría política. El debate que genera revela una amplia diversidad de posiciones discrepantes que involucran, en muchos casos, los prejuicios o las posiciones de los propios autores dentro de la política democrática contemporánea, razón por la cual se vuelve un tema con imbricaciones extrañas y conflictivas. El populismo puede entenderse, en función de la dimensión que se ponga de manifiesto, como un compañero reformador, un invitado que refleja las aristas más incómodas de la política moderna, o, directamente, como un peligro para la vía democrática. Las diferentes aproximaciones al populismo revelan una suerte de objeto *anexacto*<sup>1</sup>, cuyos límites conceptuales son borrosos, ambiguos y, en muchas ocasiones, confusos. Además, permite describir fenómenos políticos con contextos y resultados muy diversos. Esto hace que, como sostiene Benjamín Arditi, su estatuto teórico continúe siendo un objeto de disputa<sup>2</sup>, sobre todo por su importancia para comprender las ramificaciones del panorama político actual.

En el debate en torno al populismo se condensan posiciones tan dispares como las de Gino Germani, Ernesto Laclau, Paul Blokker, Peter Worsley, Michael

Oakeshott o Jack Hayward. Al contrastar sus aproximaciones se encuentra la dificultad añadida de que términos como “política moderna”, “democracia”, “reforma”, y “populismo” terminan por contaminarse mutua y constantemente, llegando, por ejemplo, al caso extremo de Laclau quien propone elevar el nexo entre populismo y política al grado de sinónimos<sup>3</sup>. Se trata de un debate con una diversidad lo suficientemente amplia como para incluir visiones positivas y negativas del populismo, contextos de países avanzados y de países en vías de desarrollo, variantes de izquierdas y de derechas, o incluir transversalmente a ciudadanos en espacios urbanos y rurales<sup>4</sup>.

En este sentido, la referencia a la cuestión del populismo puede incluir aspectos como una alternativa para favorecer la participación y la representación política de grupos excluidos, la visibilización de demandas colectivas en torno a cuestiones sociales y la necesidad de políticas distributivas. También permite describir el giro patológico de la política en las sociedades de masas y el apogeo de las *democracias de audiencia*. Igualmente el populismo resulta de utilidad para entender los discursos que invocan al pueblo y al resentimiento social, por parte de un líder fuerte y carismático, para establecer una crítica a la corrupción estructural y la política *mainstream*, como lo mismo de siempre. Este carácter poliédrico del fenómeno del populismo se vuelve un *concepto atrapa-*

\* Universidad Nacional Autónoma de México  
[sergioquinterom@filos.unam.mx](mailto:sergioquinterom@filos.unam.mx)

El presente trabajo forma parte de mi investigación posdoctoral y se realiza gracias al apoyo y la financiación de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico (DGAPA) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), estando adscrito a la Facultad de la Filosofía y Letras. Asimismo, quiero reiterar mis agradecimientos a mi asesora, la Dra. Griselda Gutiérrez Castañeda, por su colaboración e inestimable ayuda, sin la cual este proyecto no hubiera salido adelante.

<sup>1</sup> Cf. G. Deleuze y F. Guattari, *Mil mesetas*, Valencia, Pre-Textos, 1988.

<sup>2</sup> B. Arditi, *La política en los bordes del liberalismo: diferencia, populismo, revolución, emancipación*, Barcelona, Gedisa, 2017, p. 124.

<sup>3</sup> Cf. E. Laclau, “Populism: what’s in a name?”, en F. Panizza (comp.), *Populism and the Mirror of Democracy*, Londres, Verso, 2005, pp. 32-49.

<sup>4</sup> P. Worsley, “El concepto de populismo”, en G. Ionescu y E. Gellner (comps.), *Populismo: Sus significados y características nacionales*, Buenos Aires, Amorrortu, 1970, p. 295, pp. 258-304.

*lotodo*<sup>5</sup>, o metaconcepto, que atrae una multiplicidad de miradas cargadas con sus propios prejuicios, contextos y bagajes, aunque puedan resultar contrapuestas para comprender la profundidad de dicho fenómeno.

El populismo simboliza un espacio etéreo y difuso que formaría la *periferia interna* de la política liberal democrática, como lo describe Ardití<sup>6</sup>. Esta zona gris, o *terra ignota*, en la que se mueve el populismo manifiesta la naturaleza jánica de su vinculación con la política democrática: por un lado, posee la capacidad para reforzar las vías democráticas al incorporar en la representación y los procesos de toma de decisiones a sectores cada vez más amplios de la sociedad, y, por otro, muestra el potencial para introducir derivas autoritarias en el escenario político, lo que en el pensamiento arendtiano se conoce como síndrome totalitario<sup>7</sup>. Bajo esta naturaleza jánica se puede percibir al populismo como un elemento capaz de decantar la balanza del cambio en las democracias liberales a largo plazo. Es en este punto donde se introduce la aproximación de Margaret Canovan a la cuestión del populismo.

El ejercicio y la propuesta de Canovan, que parte de una distinción de reminiscencia oakeshottiana<sup>8</sup>, muestra la conexión entre la política democrática y el populismo por medio de la diferenciación entre la cara redentora y la cara pragmática de la democracia. En la brecha entre estas dos caras de la democracia es donde sitúa el surgimiento del populismo como “un llamamiento al «pueblo» contra la estructura de poder establecida y las ideas y valores dominantes de la sociedad”<sup>9</sup>. La originalidad de Canovan es la sensatez y la mirada desprejuiciada con la que trata de aproximarse al fenómeno populista, poniendo en valor el sustrato común bajo el que, al margen de ideologías o contextos, surge la tensión con las estructuras de poder establecidas y con el modo tradicional de entender las democracias liberales. El auge de partidos populistas, del activismo político, de la extrema derecha y antisistema, y de diversos movimientos de reforma democrática responden a una misma dimensión crítica que, con independencia del resultado, ponen de manifiesto la existencia de un desajuste o un desnivel en la política que resalta la falta de funcionalidad real del modelo democrático liberal.

La intención de Canovan es recuperar esa dimensión crítica que se ha perdido a través de una suerte de ejercicio de *epojé* sobre el populismo, tratando de suprimir las cuestiones ligadas a los prejuicios personales o intelectuales del debate. Las dos caras de la democracia generan un espacio necesariamente vinculado, como un interminable correctivo del otro<sup>10</sup>, que opera entre dos límites: el populismo sin su rostro redentor sería solo otra forma de autoritarismo, mientras que el populismo sin su rostro pragmático sería solo otra forma de reformismo radical. En esta zona gris, en esta brecha, es donde Canovan habla del populismo como una sombra de la democracia, como “un par de gemelos siameses peleados, ineludiblemente unidos, por lo que es una ilusión suponer que podemos tener uno sin el otro”<sup>11</sup>. El desdén y la impaciencia hacia los procesos legislativos de toma de decisiones y los mecanismos propios de las instituciones democráticas que muestran los discursos populistas, responderían a una falta de diálogo político entre perspectivas diversas e, incluso, encontradas sobre los caminos por los que puede transitar el reino de lo público. En otras palabras, el rechazo al formalismo y la mecanización de los procesos de decisión es más un síntoma del mal funcionamiento del modelo democrático liberal y del monólogo instaurado en los espacios comunes, que a un movimiento contestatario que falta al respeto a los modales democráticos.

El argumento central del presente artículo es incidir en el sustrato común a los movimientos populistas, que se ven reflejados en las tensiones existentes entre las dos caras de la democracia. El escenario que presenta Canovan le sirve para realizar una serie de precisiones descriptivas aceptables que, sin llegar a definir un concepto tan elusivo como el de populismo, le permiten recalcar la necesidad de recuperar o rearmar el diálogo político para mejorar la calidad democrática. Canovan es consciente de los peligros que conllevan las actitudes y la naturaleza jánica del populismo, pero señala la premura de entender este fenómeno como una llamada de atención, como el *memento mori* ante la vanidad de la política democrática liberal.

## 2. Sobre la traducción del artículo de Canovan

A continuación, presentamos la primera traducción al castellano de *Trust the People! Populism and the Two Faces of Democracy* de Margaret Canovan. Originalmente el artículo fue publicado en 1999 por la revista *Political Studies*<sup>12</sup>. Al final del texto se encuentran las referencias bibliográficas en inglés de las obras consultadas por la propia Canovan para la elaboración de su artículo. Asimismo, la numeración de las notas a pie de página se conserva conforme al artículo original, ajustándose al formato y las normas de edición de la revista *Res Publica. Revista de Historia de las Ideas Políticas*.

<sup>5</sup> En analogía al concepto de “partido atrapatodo” (*catch-all party*) extendido en las democracias liberales occidentales.

<sup>6</sup> B. Ardití, *op. cit.*, p. 127.

<sup>7</sup> La idea del “síndrome totalitario” aparece esbozado por Hannah Arendt en *Los orígenes del totalitarismo* (1951) como una consecuencia coherente con la perpetuación de la violencia y el terror totalitario. No obstante, su sistematización se la otorgaron Carl Friedrich y Zbigniew Brzezinski a través de la obra *Totalitarian Dictatorship and Autocracy* (1956) y se entiende como la reproducción total o parcial de un conjunto de síntomas o de prácticas propias de un sistema autoritario en una sociedad (auto)definida como no-totalitaria.

<sup>8</sup> Michael Oakeshott distingue entre la política de la fe y la política del escepticismo como las dos formas o estilos de llevar a la práctica la actividad política. Aunque esta distinción los muestre como polos opuestos en el plano teórico, ambos estilos coexisten en la realidad política. Cf. M. Oakeshott, *La política de la fe y la política del escepticismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.

<sup>9</sup> La traducción presentada del fragmento es propia y está sacada de su artículo original. M. Canovan, “Trust the People! Populism and the Two Faces of Democracy”, *Political Studies* 47 (1), 1999, p. 3

<sup>10</sup> B. Ardití, “Populism as a Spectre of Democracy: A Response to Canovan”, *Political Studies* 52 (1), p. 138.

<sup>11</sup> La traducción presentada del fragmento es propia. M. Canovan, *op. cit.*, 1999, p. 10.

<sup>12</sup> M. Canovan, “Trust the People! Populism and the Two Faces of Democracy”, *Political Studies* 47 (1), 1999, pp. 2-16.

### 3. ¡Confía en el pueblo! El populismo y las dos caras de la democracia. Margaret Canovan (Universidad de Keele)<sup>13</sup>

El populismo, entendido como un llamamiento al “pueblo” contra la estructura de poder establecida y las ideas y valores dominantes, no debe ser descartado como una forma patológica de política que no interesa al teórico político, ya que sus pretensiones democráticas plantean cuestiones importantes. Adaptando la distinción de Michael Oakeshott entre “la política de la fe” y “la política del escepticismo”, el artículo ofrece un análisis de la democracia en términos de dos caras opuestas, una “pragmática” y la otra “redentora”, y argumenta que es la tensión ineludible entre ellas lo que hace del populismo una posibilidad perenne.

Los movimientos populistas que en el último decenio han irrumpido en la corriente principal de la política en muchas democracias occidentales suelen tratarse como síntomas patológicos que requieren una explicación sociológica<sup>14</sup>. No se consideran fenómenos que desafíen nuestra comprensión de la democracia, y los teóricos de la democracia que se comprometen a aumentar la participación popular en la política prestan poca o ninguna atención a los intentos populistas de movilizar a las bases. Aunque este desdén puede ser comprensible, es demasiado apresurado. Los populistas se ven a sí mismos como verdaderos demócratas, que expresan quejas y opiniones populares que son sistemáticamente ignoradas por los gobiernos, los partidos mayoritarios y los medios de comunicación. Muchos de ellos están a favor de la “democracia directa”, es decir, la toma de decisiones políticas por referéndum e iniciativa popular. Su objetivo declarado es aprovechar la promesa de poder de la democracia para el pueblo. En este artículo se argumentará que no podemos permitirnos ignorar estas afirmaciones y que las reflexiones sobre la inquietante recurrencia del populismo en las democracias establecidas pueden ayudarnos a comprender mejor las complejidades de la democracia. La razón es que las fuentes del populismo no sólo se encuentran en el contexto social que suministra los reclamos de cualquier movimiento particular, sino que se encuentran en las tensiones en el corazón de la democracia. Sugeriré que la democracia tal y como la conocemos tiene dos caras –una “redentora” y otra “pragmática”– y que su coexistencia es un estímulo constante para la movilización populista. Mi

conclusión será que en lugar de ser un síntoma de “atraso” que podría ser superado<sup>15</sup>, el populismo es una sombra proyectada por la propia democracia.

### ¿Qué es el populismo?

Antes de que podamos investigar la relación del populismo con la democracia necesitamos dejar claro exactamente de qué estamos hablando, ya que “populismo” es un término notoriamente vago. Tiene significados precisos en una serie de discursos especializados, pero los intentos de una teoría general han sido problemáticos<sup>16</sup>. El relato (ideal-típico) que se da aquí se refiere al populismo en las sociedades democráticas contemporáneas, en las que hay un buen acuerdo sobre qué fenómenos políticos entran en esta categoría, pero menos claridad sobre qué es lo que los hace populistas. Creo que se puede lograr una aclaración si dejamos de lado la ideología y el contenido político de los movimientos populistas y nos concentramos en consideraciones estructurales. El populismo en las sociedades democráticas modernas se ve mejor como un llamamiento al “pueblo” contra la estructura de poder establecida y las ideas y valores dominantes de la sociedad. Este rasgo estructural dicta a su vez el marco legitimador característico del populismo, el estilo político y el estado de ánimo. Cada uno de estos puntos necesita alguna elaboración antes de retomar el tema central del artículo.

### El populismo y las estructuras de poder

Está generalmente aceptado que los movimientos populistas son (como dice Paul Taggart) “del pueblo, pero no del sistema”<sup>17</sup>. Implican algún tipo de revuelta contra la estructura de poder establecida en nombre del pueblo. Dentro de los sistemas democráticos eso a menudo significa un ataque a los partidos establecidos<sup>18</sup>. Pero la movilización antisistema no es suficiente por sí misma para identificar la política populista, ya que esa descripción también incluiría a los “nuevos movimientos sociales”, generalmente reconocidos como algo más<sup>19</sup>.

<sup>15</sup> T. Di Tella, “Populism into the twenty-first century”, *Government and Opposition*, 32, 1997, p. 190.

<sup>16</sup> Para un reciente y ambicioso intento, cf. D. Westlund, *The Politics of Popular Identity: Understanding Recent Populist Movements in Sweden and the United States*, Lund, Lund University, 1996. G. Ionescu y E. Gellner (eds.), *Populism: its Meanings and National Characteristics*, Londres, Weidenfeld and Nicholson, 1969; es un estudio clásico pero anticuado de la variedad de los llamados “populismos”. Para un enfoque fenomenológico que clasifica los casos en tipos en lugar de intentar una teoría general, cf. M. Canovan, *Populism*, Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1981; M. Canovan, “Two strategies for the study of populism”, *Political Studies* 30, 1982, pp. 544-552. En cuanto a la distinción que se hace allí entre los populismos “agrarios” y “políticos”, los fenómenos considerados en el presente documento pertenecen al grupo de los “políticos”.

<sup>17</sup> P. Taggart, *The New Populism and the New Politics: New Protest Parties in Sweden in a Comparative Perspective*, Londres, Macmillan, 1996, p. 32.

<sup>18</sup> Por ejemplo, J. Haider, *The Freedom I Mean*, Pine Plains, Swan, 1995, pp. 104 y 188.

<sup>19</sup> Taggart argumenta que la “Nueva Política” de los movimientos verdes, pacifistas y feministas es “inclusiva”, mientras que el “Nuevo Populismo” es “exclusivo” de grupos como los inmigrantes o los solicitantes de asistencia social. Pero los practicantes de la “Nueva Política” pueden parecer exclusivos de una corriente dominante

<sup>13</sup> Agradezco los comentarios críticos que se hicieron cuando los antepasados de este artículo se presentaron en seminarios en las Universidades de Manchester, Westminster, Birmingham y Sheffield, y en los Talleres Conjuntos de la ECPR en Berna. Estoy más particularmente en deuda con mis colegas John Horton y Andrew Dobson, y con los evaluadores de esta revista por sus comentarios sobre los borradores anteriores del presente documento.

<sup>14</sup> H.-G. Betz, *Radical Right-Wing Populism in Western Europe*, Londres, Macmillan, 1994, p. 4. Los movimientos que Betz cubre son el *Front National*, el Partido de la Libertad de Austria, la *Lega Nord*, el *Vlaams Blok*, la *Autopartei* y la Liga de Ticino de Suiza, el *Republikaner* de Alemania, los Partidos del Progreso de Dinamarca y Noruega, y la Nueva Democracia de Suecia. Otros fenómenos recientes que son populistas en el sentido utilizado en este artículo incluyen el Partido de la Reforma de Alberta, el Partido de una Nación de Pauline Hanson en Australia y las ofertas presidenciales de los Estados Unidos de Ross Perot y Pat Buchanan.

La diferencia crucial es que mientras que ambos son antisistema, el populismo desafía no sólo a los titulares del poder establecido, sino también a los valores de la élite. La animadversión populista se dirige no sólo a las instituciones políticas y económicas, sino también a los formadores de opinión en la academia y los medios de comunicación. Cuando Jean-Marie Le Pen, del *Front National*, afirma que “dice en voz alta lo que la gente de aquí piensa en su interior”, desafiando a las élites parisinas y europeas, su movimiento es muy característico del populismo tal como aparece en los sistemas democráticos formales<sup>20</sup>.

El populismo entendido, en este sentido estructural, puede tener contenidos diferentes según el establecimiento contra el que se movilice. Por ejemplo, en lo que respecta a la política económica, los populistas de un país con un compromiso hegemónico de aplicar impuestos elevados para financiar un generoso Estado de Bienestar pueden adoptar un programa de liberalismo económico<sup>21</sup>, mientras que otros populistas de otros lugares reaccionan contra la hegemonía del libre mercado exigiendo proteccionismo y más prestaciones estatales. Esto no demuestra por sí mismo (como se afirma a veces) que los populistas carezcan de principios o estén confundidos: simplemente que lo que los hace populistas es su reacción a la estructura del poder. Los valores que son populistas también varían según el contexto, dependiendo de la naturaleza de la élite y del discurso político dominante. Cuando (como en los países democráticos occidentales modernos) la cultura política de la élite está fuertemente imbuida de valores liberales de individualismo, internacionalismo, multiculturalismo, permisividad y creencia en el progreso; el populismo está obligado a implicar una mayor o menor resistencia a éstos, y a veces puede equivaler a una visión alternativa del mundo relativamente coherente. En ese sentido, puede argumentarse que puede existir una ideología populista<sup>22</sup>. Pero los intentos de *definir* el populismo en términos de una ideología de ese tipo fracasan, porque en otro contexto la movilización antielitista en cuestión puede estar reaccionando a un entorno ideológico diferente. En su esclarecedor relato de la “persuasión populista” en la historia de los Estados Unidos, Michael Kazin observa que lo que él llama un “lenguaje” del populismo fue durante más de un siglo una inspiración para los movimientos decididamente radicales y a menudo claramente de izquierda. Sólo en la década

de 1940 el discurso populista estadounidense “comenzó una migración de izquierda a derecha”<sup>23</sup> que enfrentó al “pueblo” con una nueva élite liberal. En ambos casos, se trataba de la movilización de intereses y opiniones que sus partidarios consideraban descuidados por los que estaban en el poder, a pesar de ser las preocupaciones de la corriente principal.

### Apela al “pueblo”

El populismo no es sólo una reacción contra las estructuras de poder, sino una apelación a una autoridad reconocida. Los populistas reivindican la legitimidad sobre la base de que hablan en nombre del *pueblo*: eso es como decir que afirman representar al soberano democrático, no a un interés sectorial como una clase económica. Aunque los agravios económicos siempre son importantes para los movimientos populistas, éstos se traducen en cuestiones políticas de poder democrático<sup>24</sup>. Esta pretensión de hablar en nombre del “pueblo” dista mucho de ser sencilla, ya que el término es ambiguo y los populistas tienden a ser adeptos a explotar sus posibilidades retóricas. En aras de la claridad, podemos identificar tres sentidos diferentes que figuran en el discurso populista, aunque en la práctica tienden a mezclarse<sup>25</sup>.

Una faceta es un llamamiento al pueblo unido, la nación o el país, frente a los partidos y facciones que lo dividen. Un ejemplo típico es el eslogan, “United We Stand”, usado por Ross Perot en la campaña para la presidencia de los Estados Unidos. Una visión del “pueblo” como un cuerpo unido implica impaciencia con las luchas partidarias, y puede fomentar el apoyo a un liderazgo fuerte donde un individuo carismático está disponible para personificar los intereses de la nación. Fusionándose con este énfasis en la unidad, aunque en cierto modo en desacuerdo con ella, está el atractivo para nuestro pueblo, a menudo en el sentido de nuestros parientes y amigos étnicos. Donde el llamamiento anterior es integrador (en cualquier caso, en forma), éste es divisivo, distinguiendo a nuestro pueblo de los que no pertenecen –inmigrantes extranjeros, por ejemplo. Este es un aspecto del populismo que alarma a los comentaristas liberales, como cuando el *Front National* pide “*priorité aux Français*” [*prioridad a los franceses*] en la asignación de puestos de trabajo, vivienda y asistencia social. Suponer, sin embargo, que los populistas son simplemente de derechas es ignorar el impulso igualitario expresado en una tercera variedad de llamamiento al pueblo: la movilización de lo que antes se llamaba “el pueblo común”<sup>26</sup> pero que ahora se llamaría mejor “gente común” contra la élite privilegiada, altamente educada y cosmopolita.

ignorante alarmada por las preocupaciones de la élite, como admite el propio Taggart (*The New Populism and the New Politics: New Protest Parties in Sweden in a Comparative Perspective*, Londres, Macmillan, 1996, pp. 33 y 35).

<sup>20</sup> J. Marcus, *The National Front and French Politics*, Londres, Macmillan, 1995, p. 54. Para otros ejemplos recientes, cf. P. Manning, *The New Canada*, Toronto, Macmillan, 1992, p. 2; y P. Manning, “Pauline’s people”, *The Weekend Australian*, 1997, review section, p. 1.

<sup>21</sup> Para ejemplos escandinavos, cf. H.-G. Betz, *op. cit.*, pp. 42-47 y 110-112; y Taggart, *op. cit.*, p. 34.

<sup>22</sup> Para versiones de tal ideología cf. C. Lasch, *The True and Only Heaven: Progress and its Critics*, Nueva York, Norton, 1991; y P. Piccone, “From the New Left to the New Populism”, *Telos*, 101, 1994, 173-208. En un anticipo de los mismos temas a principios de este siglo cf. M. Canovan, *G. K. Chesterton: Radical Populist*, Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1977.

<sup>23</sup> M. Kazin, *The Populist Persuasion: An American History*, Cornell, Cornell University, 1995, p. 4. Un relato más teórico del populismo como discurso político puede encontrarse en D. Westlund, *op. cit.*

<sup>24</sup> Para un análisis del carisma en términos similares, cf. G. S. Jones, *Languages of Class: Studies in English Working Class History 1832-1982*, Cambridge, Cambridge University, 1983, pp. 96-100.

<sup>25</sup> Cf. M. Canovan, “«People», politicians and populism”, *Government and Opposition* 19, 1984, pp. 312-327.

<sup>26</sup> Aparentemente esta terminología sobrevive en las praderas canadienses. El principio 14 de la *Declaración de Principios* emitida por el Partido Reformista en 1991 dice: “Creemos en el sentido común de la gente común”. P. Manning, 1992, *op. cit.*, p. 361.

Los populistas en las democracias establecidas afirman que hablan en nombre de la “mayoría silenciosa” de “gente ordinaria y decente”, cuyos intereses y opiniones son (según ellos) regularmente anulados por élites arrogantes, políticos corruptos y minorías estridentes<sup>27</sup>. La experiencia pone en duda la pretensión de los populistas de representar a la masa del pueblo, ya que sus campañas rara vez se acercan a atraer una mayoría de votos. Sin embargo, el hecho de que recurran a todas estas formas de atracción del pueblo pone de manifiesto hasta qué punto se apoyan en un marco de legitimidad que les proporcionan las nociones de poder popular: una idea de democracia, en otras palabras.

### El estilo populista de la política

Los llamamientos populistas al pueblo se caracterizan por estar redactados en un estilo que es “democrático” en el sentido de estar dirigido a la gente común. Capitalizando la desconfianza popular en la evasión de los políticos y la jerga burocrática, se enorgullecen de la simplicidad y la franqueza<sup>28</sup>. Cuando se acusa a los miembros de la clase política de adoptar tácticas “populistas”, una de las pruebas relevantes es su voluntad y capacidad de comunicarse en este estilo de tabloide. Pero el lenguaje simple y directo no basta para calificar a un político de populista a menos que esté dispuesto a ofrecer también análisis políticos y propuestas de soluciones que sean también simples y directas. Los populistas aman la transparencia y desconfían de la mistificación: denuncian los tratos secretos, los compromisos turbios, los procedimientos complicados, los tratados secretos y los tecnicismos que sólo los expertos pueden entender<sup>29</sup>. La política de formación de coaliciones está evidentemente abierta a los ataques populistas sobre este tipo de terreno<sup>30</sup>, mientras que la política de la Unión Europea es un blanco fácil<sup>31</sup>. Los populistas afirman que toda esta complejidad es un chanchullo egoísta perpetuado por los políticos profesionales, y que las soluciones a los problemas que preocupan a la gente corriente son esencialmente sencillas.

### El ánimo populista

La característica estructural fundamental del populismo, la movilización popular contra las élites políticas e intelectuales, implica no sólo un estilo directo y sencillo, sino también un estado de ánimo característico. La política populista no es una política ordinaria y rutinaria. Tiene el sabor evangelista de un movimiento, impulsado por el entusiasmo que atrae a personas normalmente no

políticas a la arena política<sup>32</sup>. Este ingrediente emocional extra puede convertir la política en una campaña para salvar el país o para lograr una gran renovación. Asociado con este estado de ánimo está la tendencia a que las emociones intensas se centren en un líder carismático<sup>33</sup>. El liderazgo personalizado es un corolario natural de la reacción contra la política-como-de-costumbre. Rechazando estructuras institucionales osificadas, incluyendo capas burocráticas de organización, los populistas celebran tanto la acción espontánea en las bases como un estrecho vínculo personal entre el líder y los seguidores<sup>34</sup>.

Los observadores que miran hacia atrás al ascenso de Hitler y otros líderes fascistas (y más atrás en la historia a la asociación tradicional entre la política de masas, los demagogos y el “Cesarismo”) a menudo han asociado el populismo con la peligrosa manipulación del líder y la alarmante irracionalidad por parte de los dirigidos<sup>35</sup>. Pero, aunque estos análisis deben tener peso, debemos resistir la tentación de descartar el populismo en general como un síntoma patológico. Nuestro enfoque en este trabajo se centra en los movimientos populistas dentro de sistemas democráticos maduros y bien establecidos. Estos movimientos no se proponen abolir las elecciones libres e instalar una dictadura, mientras que su admiración por el sistema suizo de iniciativa popular y referéndum es difícil de interpretar como un síntoma peligroso de tendencias tiránicas<sup>36</sup>. En otras palabras, hay que pensar seriamente en la reivindicación populista de la legitimidad democrática<sup>37</sup>. Si no lo hacemos, perderemos la oportunidad de aprender importantes lecciones sobre la naturaleza de la propia democracia.

### ¿Es el populismo democrático?

Como hemos visto, los populistas tratan de movilizar al electorado contra los poderosos y los formadores de opinión establecidos. A primera vista, apelar a las bases de esta manera parece algo democrático; después de todo, los referéndums y las iniciativas populares favorecidas por los populistas se denominan universalmente en la literatura de la ciencia política como “democracia directa”<sup>38</sup>. Las definiciones de democracia son muy polémicas y los teóricos contemporáneos tienden a evitar hablar de soberanía popular. Pero no se puede negar que las nociones de poder y decisión popular son fundamen-

<sup>32</sup> M. Kazin, *op. cit.*, pp. 16 ss.

<sup>33</sup> P. Taggart, *op. cit.*, pp. 2 y 37. Sobre el populismo de George Wallace, cf. M. Kazin, *op. cit.*, pp. 221-242.

<sup>34</sup> D. Westlind, *op. cit.*, pp. 106 y 177.

<sup>35</sup> H.-G. Betz, *op. cit.*, p. 4. Estos cargos se discuten en M. Canovan, *op. cit.*, 1981, pp. 158-169. Cf. también, T. Di Tella, *op. cit.*, pp. 196 y 197; y A. Bozóki y M. Sukosd, “Civil society and populism in the Eastern European democratic transitions”, *Praxis International* 13, 1993, pp. 224-241.

<sup>36</sup> J. Haider, *op. cit.*, 106. La experiencia suiza muestra que tales dispositivos no pueden ser simplemente equiparados con el populismo. Cf. K. Kobach, *The Referendum: Direct Democracy in Switzerland*, Aldershot, Dartmouth, 1993; y W. Linder, *Swiss Democracy: Possible Solutions to Conflict in Multicultural Societies*, Nueva York, St. Martin's, 1994.

<sup>37</sup> D. Westlind, *op. cit.*, p. 209.

<sup>38</sup> I. Budge, *The New Challenge of Direct Democracy*, Cambridge, Polity, 1996; y T. Cronin, *Direct Democracy: The Politics of Initiative, Referendum and Recall*, Cambridge, Harvard University, 1989.

<sup>27</sup> Sobre la “mayoría silenciosa”, cf. M. Kazin, *op. cit.*, p. 252. Para una analogía europea contemporánea cf. J. Haider, *op. cit.*, p. 68.

<sup>28</sup> Para ejemplos, cf. P. Manning, *op. cit.*, 1992, p. 123; y P. Manning, *op. cit.*, 1997, p. 1.

<sup>29</sup> D. Westlind, *op. cit.*, p. 203. E. Shils, *The Torment of Secrecy*, Londres, Heinemann, 1956; es un ataque prolongado a este aspecto del populismo.

<sup>30</sup> Cf. R. Katz y P. Mair, “Changing models of party organization and party democracy”, *Party Politics* 1, 1995, pp. 2-28, especialmente p. 24.

<sup>31</sup> J. Hayward (ed.), *The Crisis of Representation in Europe*, Londres, Frank Cass, 1995.

tales para la democracia<sup>39</sup>. ¿Por qué entonces no se reconoce a los populistas como los verdaderos demócratas que dicen ser? ¿Cómo es que a menudo se les puede ver como peligrosos para la democracia, tanto más peligrosos, en efecto, en la medida en que obtienen el apoyo popular?

Una respuesta que se da regularmente a esta pregunta es que la democracia tal como la conocemos es una democracia liberal y que el populismo es peligroso porque es antiliberal. Desde este punto de vista, lo que hace vulnerable a la democracia liberal es que la relación entre sus dos aspectos “es a la vez una necesidad mutua y una fuente de tensión o antagonismo”<sup>40</sup>. Beetham (cuyas palabras son éstas) subraya que muchos aspectos del patrimonio liberal son en realidad fundamentales para la persistencia de la propia democracia, entre ellos la libertad de expresión y el imperio de la ley. No obstante, admite que los principios liberales también imponen restricciones a la democracia y que hay margen para la controversia sobre los términos precisos de la compensación entre ambos. Otros teóricos han sugerido que la “democracia populista” es una versión desinhibida por estas limitaciones liberales, y dada (en particular) a un crudo mayoritarismo que descuida o anula los derechos de las minorías<sup>41</sup>.

Una segunda forma de relacionar el populismo con la democracia es enfatizar la inevitable brecha dentro de esta última entre el ideal y la realidad, la promesa y el desempeño. Esta visión ha sido desarrollada con considerable sutileza por Sartori<sup>42</sup>. Pero ninguna de estas respuestas al populismo es totalmente satisfactoria. El primer análisis, en el que se destacan las tensiones dentro de la “democracia liberal”, parece implicar que por más débiles que sean los populistas como liberales, obtienen todas las notas en la sección de democracia del artículo<sup>43</sup>. El segundo también parece implicar que la democracia ideal coincidiría con el sueño del populista, aunque la práctica democrática no pueda estar a la altura.

En el resto del artículo presentaré un análisis diferente de las complejidades de la democracia que se basa en estas ideas, pero que (creo) arrojará más luz sobre la relación problemática del populismo con la democracia, y tal vez más generalmente sobre los fenómenos de la democracia moderna. Mi afirmación central será que la democracia tal como la conocemos tiene dos caras, que llamaré sus caras “redentoras” y “pragmáticas”, y que el populismo se nutre de la tensión entre ambas. Tendremos que apartarnos brevemente del tema de la democracia para sentar algunas bases para este análisis.

### Política redentora y pragmática

Al tratar de situar la democracia dentro de un marco más amplio de pensamiento sobre estilos contrastados de política, me basaré en la obra de Oakeshott. Es más conocido por su crítica del “racionalismo” en la política y como defensor del estilo limitado de política que él caracterizó como “asociación civil”<sup>44</sup>. Pero aunque su propia preferencia por la política aristocrática y moderada es inconfundible, sus obras más elaboradas de pensamiento político se elevan por encima de las simpatías partidistas para reconocer que las líneas conflictivas dentro de la política moderna son también complementarias: que el Estado como “asociación empresarial” nunca podría ser totalmente desplazado por la “asociación civil”, ni la política escéptica por la “política de la fe”.

Es este último contraste lo que nos preocupa aquí. En un ensayo publicado después de su muerte, Oakeshott argumentó que durante los últimos quinientos años la política de Europa se había caracterizado por una tensión entre dos estilos políticos, una tensión que había afectado tanto a la teoría como a la práctica del gobierno, dejándonos un vocabulario político profundamente ambiguo. A estos dos estilos los denominó “la política de la fe” y “la política del escepticismo”. Dentro de la primera, la política es tomada como una cuestión de alcanzar la perfección o la salvación en este mundo. La salvación puede entenderse en términos religiosos o seculares, pero en ambos casos se asume que la acción gubernamental puede lograrla. La política de la fe, por lo tanto, implica la movilización del entusiasmo popular detrás de esta iniciativa, la búsqueda de un mayor poder para llevarla a cabo y la confianza de que ese poder puede ser confiado con seguridad a los seres humanos. Los devotos de este estilo político se impacientan por las restricciones legalistas que pueden obstaculizar la salvación.

La política del escepticismo, por el contrario, desconfía tanto del poder como del entusiasmo, y tiene expectativas mucho menores de lo que los gobiernos pueden lograr. Para sus partidarios, la política no tiene un propósito primordial, excepto mantener el orden y reducir las ocasiones de conflicto manteniendo y modificando la preciosa herencia de derechos e instituciones. Para este estilo de política, el estado de derecho es crucial<sup>45</sup>.

<sup>39</sup> B. Holden, *Understanding Liberal Democracy*, Nueva York, Philip Alan, 1988, p. 5. Para una defensa de la opinión de que la democracia significa realmente un gobierno de la mayoría alcanzado por los medios más directos posibles, cf. I. McLean, *Democracy and the New Technology*, Cambridge, Polity, 1989.

<sup>40</sup> D. Beetham, “Liberal democracy and the limits of democratization”, *Political Studies* 40 (1), 1992, p. 41.

<sup>41</sup> R. Dahl, *A Preface to Democratic Theory*, Chicago, University of Chicago, 1956, pp. 4-6 y 34; y W. Riker, *Liberalism Against Populism: A Confrontation between the Theory of Democracy and the Theory of Social Choice*, San Francisco, Freeman, 1982. La generación de politólogos de la posguerra estaba preocupada por el peligro que el populismo representaba para el liberalismo hasta el punto de elaborar lo que vino a llamarse (por sus críticos) “la teoría del elitismo democrático”. Para ejemplos, cf. G. Sartori, *Democratic Theory*, Detroit, Wayne State University, 1962, pp. 72 y 128; S. M. Lipset, *Political Man*, Londres, Heinemann, 1960, pp. 97-130; E. Shils, *op. cit.*, pp. 98-104; y W. Kornhauser, *The Politics of Mass Society*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1960, pp. 227-230. Las críticas clásicas son P. Bachrach, *The Theory of Democratic Elitism – a Critique*, Boston, Little Brown, 1967; y C. Pateman, *Participation and Democratic Theory*, Cambridge, Cambridge University, 1960.

<sup>42</sup> G. Sartori, *The Theory of Democracy Revisited (Vol. I)*, Chatham, Chatham House, 1987, pp. 7-8, 12, 46 y 81. Cf. también, N. Bobbio, *The Future of Democracy*, Cambridge, Polity, 1987, p. 8 y 26-27.

<sup>43</sup> Cf. I. McLean, *op. cit.*, p. 36, sobre los juicios a las brujas de Salem: “Si la decisión de quemar brujas vino después de la discusión y la mayoría de votos, yo la llamo democrática”.

<sup>44</sup> M. Oakeshott, *Rationalism in Politics and Other Essays*, Londres, Methuen, 1962; y M. Oakeshott, *On Human Conduct*, Oxford, Clarendon, 1975.

<sup>45</sup> M. Oakeshott, *The Politics of Faith and the Politics of Scepticism*, New Haven, Yale University, 1996, pp. 21-38.

Ningún lector del ensayo puede dudar de las simpatías de Oakeshott. Sin embargo, hace hincapié en que los dos estilos tal y como los presenta son abstracciones de una práctica concreta que en realidad es mucho más mixta<sup>46</sup>. Además, admite que ambos estilos son indispensables. Sin el control del escepticismo, la política de la fe se debilita a sí misma a través de sus aspiraciones totalitarias, pero “sin el tirón ejercido por la fe (...) el gobierno en el estilo escéptico es susceptible de ser superado por una némesis del quietismo político”<sup>47</sup>. Sin duda es mejor para ver las pajas en el ojo de la fe que las vigas en el ojo del escepticismo; además, argumenta que como el humor de la política moderna está sesgado hacia la fe, cualquiera que se preocupe por el equilibrio del barco del Estado debe poner su peso en el lado escéptico<sup>48</sup>. Sin embargo, la tesis central de su ensayo es que, a pesar de las tensiones entre ellos, los dos estilos son inseparables en la política moderna.

Creo que este análisis puede arrojar luz sobre una serie de oscuras áreas de la experiencia política. En particular, sostendré que podemos comprender mejor la democracia como fenómeno, y especialmente su vulnerabilidad al desafío populista, si la vemos como un punto de encuentro de dos estilos políticos contrastantes. Como me propongo basarme en la distinción de Oakeshott en lugar de adoptarla tal como está, cambiaré el nombre de estos estilos contrastantes, llamándolos “redentor” y “pragmático”, y nuestra próxima tarea será considerar cómo se ve la democracia cuando se aborda de cada una de estas maneras. Antes de dejar Oakeshott, no obstante, debemos tomar nota de una curiosa y significativa implicación de su forma de mapear el espectro político. La “política escéptica” del ensayo que hemos estado considerando tiene una afinidad obvia no sólo con la política de “asociación civil” descrita en *On Human Conduct*, sino también con la “atención a los acuerdos” dentro de una tradición de comportamiento, como se describe en *Rationalism in Politics*. Puede ser, entonces, que sus opuestos también tengan mucho en común, y que (a pesar de las apariencias), el “racionalismo” y la “fe” no estén tan alejados como bases para hacer política. Sugeriré más tarde que hay una importante comprensión aquí, y que la democracia “redentora” es hospitalaria con un romanticismo que, por un lado, hace sombra a la retórica populista mientras que, por el otro, sostiene utopías racionalistas. Nuestra tarea inmediata, sin embargo, es colocar la democracia dentro del marco teórico que hemos estado explorando y aclarar las implicaciones de hacerlo.

### Las dos caras de la democracia

Basándonos en estas ideas sobre los dos estilos de la política moderna y la ambigüedad sistemática de los conceptos políticos marcados por esos dos estilos, podemos, creo, entender la democracia moderna (idea y fenómeno) como un punto de intersección entre los estilos redentor y pragmático de la política. En esta sección argumentaré

que la democracia presenta dos caras, una redentora y otra pragmática; que, aunque éstas son opuestas, también son interdependientes; y que entre ellas se abre una brecha en la que el populismo puede aparecer.

En pocas palabras, se podría caricaturizar la cara pragmática de la democracia con el eslogan, “votos, no balas”, o (en términos más académicos) como “un sistema de procesamiento de conflictos sin matarse unos a otros”<sup>49</sup>. Una caricatura correspondiente de su cara redentora podría ser “*vox populi vox dei*”, o “gobierno del pueblo, por el pueblo, para el pueblo”. Nótese que la diferencia y la tensión entre las dos caras no se corresponde con la tensión (discutida anteriormente) entre el liberalismo y la democracia, ya que el propio liberalismo tiene una cara redentora y otra pragmática<sup>50</sup>. Tampoco equivale a la tensión (señalada por Sartori) entre los ideales y las realidades democráticas. De manera crucial, la cara pragmática de la propia democracia encarna los ideales políticos (en particular, la paz, la estabilidad, la moderación)<sup>51</sup> que son diferentes de las ideas rectoras de la democracia redentora. Para aclarar en qué consiste esta distinción, indicaré tres aspectos del contraste que luego examinaré con más detalle.

- (1) La democracia es una visión redentora, pariente de la familia de las ideologías modernas que prometen la salvación a través de la política. Pragmáticamente, sin embargo, es una forma de hacer frente pacíficamente a los conflictos de las sociedades modernas por medio de una colección altamente contingente de reglas y prácticas.
- (2) La noción de poder popular se encuentra en el corazón de la visión redentora: el pueblo es la única fuente de autoridad legítima, y la salvación se promete a medida que se hace cargo de su propia vida. Pero desde un punto de vista pragmático, la democracia es simplemente una forma de gobierno, una manera de dirigir lo que siempre es una política particular entre otras en un mundo complejo.
- (3) Pragmáticamente, la democracia significa instituciones: instituciones no sólo para limitar el poder, sino también para constituirlo y hacerlo efectivo. Pero en la democracia redentora (como en la política redentora en general) hay un fuerte impulso anti-institucional: el impulso romántico a la franqueza, la espontaneidad y la superación de la alienación.

Más tarde argumentaré que las dos caras de la democracia son un par de gemelos siameses peleados, ineludiblemente unidos, por lo que es una ilusión suponer que podemos tener uno sin el otro. Pero las tensiones entre ellos son muy grandes, y son estas tensiones (suge-

<sup>46</sup> Cf. M. Oakeshott, *op. cit.*, 1996, pp. 21-22, 30 y 38.

<sup>47</sup> *Ibidem*, p. 108.

<sup>48</sup> *Ibidem*, p. 128.

<sup>49</sup> A. Przeworski, *Democracy and the Market*, Cambridge, Cambridge University, 1991, p. 95.

<sup>50</sup> J. Gray, *Post-liberalism: Studies in Political Thought*, Londres, Routledge, 1993, p. 327.

<sup>51</sup> Cf. N. Bobbio, *op. cit.*, 1987, p. 41; y D. Magleby, *Direct Legislation: Voting on Ballot Propositions in the United States*, Baltimore, John Hopkins University, 1984, p. 181.

riré) las que proporcionan el estímulo a la movilización populista que sigue a la democracia como una sombra. Veamos ahora con más detalle estas tres tensiones específicas, y cómo cada una de ellas ayuda a generar populismo. Voy a zigzaguear de un lado a otro entre las perspectivas redentora y pragmática, en parte para facilitar la exposición, pero también para evitar la impresión de que una perspectiva es fundamental y la otra secundaria.

(1) Desde el punto de vista pragmático, la democracia es esencialmente una forma de hacer frente pacíficamente a los intereses y opiniones en conflicto en condiciones de movilización y comunicación de masas. Su gran virtud es que es una alternativa a la guerra civil o a la represión. Bobbio expresa bien este punto de vista cuando habla de un estado democrático como “un estado fundado en un pacto de no agresión entre diferentes grupos políticos y en la estipulación por parte de éstos de un conjunto de reglas que permitan la solución pacífica de cualquier conflicto que pueda surgir entre ellos”<sup>52</sup>. Se trata de alguna variante local de un conjunto muy contingente de instituciones y prácticas (surgidas de las tradiciones particulares de gobierno representativo que se desarrollaron en ciertos países de Europa occidental y sus ramificaciones en el extranjero) que han encontrado formas de hacer que el poder sea relativamente responsable, ampliando la gama de intereses incorporados en el ámbito político y vinculando a más población en el sistema político. Desde este punto de vista, la democracia significa sistemas multipartidistas, elecciones libres, grupos de presión, *lobbies* y el resto de la elaborada batería de instituciones y prácticas por las que distinguimos las políticas democráticas de otras modernas.

Para muchos de los que en todo el mundo tienen que soportar la guerra civil o la represión violenta, la democracia pragmática puede parecer sumamente envidiable. Pero para aquellos que dan por sentado sus beneficios, la democracia no parecería legítima si no hubiera nada más que esto. Porque la democracia es también el depósito de las aspiraciones características de la política moderna. Inherente a la democracia moderna, en tensión con su cara pragmática, está la fe en la redención secular: la promesa de un mundo mejor a través de la acción del pueblo soberano. Esta cara de la democracia tiene una gloria a su alrededor. Comparada con otros vehículos modernos de salvación política, la democracia está relativamente desarticulada. Acarrea mucho menos, gracias a una utopía vivamente imaginada, que la mayoría de las formas de socialismo; no suele estar sustentada por los mitos cuasi-históricos que alimentan el nacionalismo, mientras que para la ideología racionalista no puede compararse con el liberalismo. Sin embargo, la democracia está coronada por un halo de autoridad sagrada, y es difícil ver cómo podría funcionar eficazmente sin esto. El pragmatismo sin el impulso redentor es una receta para la corrupción. Consideremos, como ejemplo, la institución clave de las elecciones. En el nivel puramente pragmático, una elección general es una forma no violenta de distribuir el poder político. Sin embargo, al mismo tiempo es también un

ritual de renovación democrática y, a menos que una proporción sustancial de votantes y políticos se tome en serio ese ritual, las instituciones democráticas se debilitan. Si queda claro que los implicados no ven en la democracia más que un simple tira y afloja, ellos, y eventualmente el propio sistema, pueden perder su legitimidad. Cuando se abre una brecha demasiado grande entre la sacralizada democracia y el sucio negocio de la política, los populistas tienden a trasladarse al territorio baldío, prometiendo en lugar del sucio mundo de maniobras partidistas el brillante ideal de una democracia renovada. Incluso desde el punto de vista de la política pragmática, las prácticas vitales de impugnación y rendición de cuentas se debilitan sin la energía que proporciona el lado inspirador, movilizador y redentor de la democracia<sup>53</sup>.

(2) Se puede argumentar plausiblemente, entonces, que al menos algún grado de la promesa de salvación de la democracia redentora es realmente necesaria para lubricar la maquinaria de la democracia pragmática, y que si no está presente dentro del sistema político principal puede muy bien reafirmarse en la forma de un desafío populista. Pero el carácter indispensable de esa promesa crea la siguiente contradicción de la que se alimenta el populismo. Porque el contenido de la promesa redentora de la democracia es el poder para el pueblo; nosotros, el pueblo, debemos hacernos cargo de nuestras vidas y decidir nuestro propio futuro. Desafortunadamente esta promesa está en profundo e ineludible conflicto con la democracia vista a la fría luz del pragmatismo, y la brecha entre ambos es un fructífero caldo de cultivo para la protesta populista.

Esta segunda ambigüedad se refiere a la contradicción entre el poder y la impotencia de la democracia. Por un lado, la democracia es un ideal de soberanía popular. Pero (citando los comentarios desinflados de Ralf Dahrendorf sobre las revoluciones populares de 1989) “la democracia es una forma de gobierno, no un baño de vapor de sentimientos populares”<sup>54</sup>. En otras palabras, es también una forma de dirigir una política entre otras políticas en un mundo complejo. La promesa es que en una democracia seremos capaces de tener un grado significativo de control sobre las cuestiones importantes que nos afectan. Pero incluso suponiendo que “nosotros, el pueblo” podamos combinar nuestros diversos intereses y opiniones en una voluntad colectiva coherente<sup>55</sup>, los duros hechos de la interdependencia política y económica a menudo hacen que sea una promesa vacía. Esta ambigüedad afecta a las democracias independientemente de su escala, y no puede evitarse ni con la democracia participativa en las comunidades presenciales ni con la democracia mundial que se proyecta ahora en algunos sectores<sup>56</sup>. A nivel de los Estados-nación se hace evidente que hay un enorme abismo entre la afirmación de que un gobierno democrático-

<sup>52</sup> N. Bobbio, “Democracy and the International System”, en B. Archibugi y D. Held (eds.), *Cosmopolitan Democracy: An Agenda for a New World Order* (pp. 17-41), Cambridge, Polity, 1995, p. 33.

<sup>53</sup> Cf. C. Lefort, *The Political Forms of Modern Society*, Cambridge, Polity, 1986, p. 279; y C. Lefort, *Democracy and Political Theory*, Cambridge, Polity, 1988, pp. 17-19.

<sup>54</sup> R. Dahrendorf, *Reflections on the Revolution in Europe*, Londres, Chatto and Windus, 1990, p. 10.

<sup>55</sup> Sobre los problemas que se plantean, cf. W. Riker, *op. cit.*

<sup>56</sup> B. Archibugi y D. Held (eds.), *Cosmopolitan Democracy: An Agenda for a New World Order*, Cambridge, Polity, 1995.

co representa al pueblo y su muy limitada capacidad para garantizar su bienestar económico.

Es natural que los votantes en una democracia supongan que, si eligen un gobierno para que los represente, ese gobierno debe velar por sus intereses. Es igualmente natural que los políticos prometan a los votantes que lo harán. Después de todo, como acabamos de ver, sin el sentido de renovación democrática —de un nuevo comienzo que realmente marque la diferencia— es difícil impedir que las elecciones degeneren en una corrupción descarnada. Pero los gobiernos no pueden controlar de hecho las condiciones económicas, y en los malos tiempos los sistemas democráticos son vulnerables a las reacciones populistas. El Populismo Americano original de la década de 1890 proporciona un ejemplo clásico. Los granjeros del oeste y del sur de Estados Unidos estaban en una situación económica desesperada, a pesar de que tenían un gobierno electo. No es de extrañar que respondieran al mensaje de que el establecimiento político no estaba velando por sus intereses porque tenía su propia agenda. Para los populistas, la respuesta era clara. Desháganse de “los plutócratas, los aristócratas y todas las demás ratas”<sup>57</sup>, instalen al pueblo en el poder, y todo estará bien.

Desde la década de 1890 este tipo de respuesta a la ambigüedad del poder democrático se ha repetido una y otra vez en tiempos difíciles. Si el gobierno es el gobierno del pueblo, ¿por qué no está cuidando al pueblo? Porque está en manos de políticos corruptos, millonarios, judíos, herramientas del FMI, mecenas políticamente correctos de trabajadores inmigrantes, etc.: la respuesta es elegir un gobierno popular que saque a los que están haciendo sus propios nidos, enviar a los inmigrantes a casa, o el remedio local que sea para cada momento determinado. En la medida en que el populismo explota esta brecha entre la promesa y el desempeño en la democracia, no hay final. Porque si un movimiento populista tiene tanto éxito en apelar a las fuerzas políticas establecidas que llega al poder, se revelará su propia incapacidad para cumplir sus promesas, ofreciendo margen para nuevos llamamientos populistas al pueblo.

En lo que respecta a este aspecto de la ambigüedad de la democracia, es fácil ver por qué el populismo es a menudo visto como una parodia de la democracia, tal vez planteando peligros para todo el sistema. Sin embargo, como siempre ocurre con la democracia, la situación es ambigua y el “realismo” en sí mismo puede ser simplista. Porque la promesa de poder de la democracia redentora no es del todo ilusoria: en realidad se da el caso de que las personas que logran creer en la posibilidad de la acción colectiva y unirse detrás de ella pueden ejercer más poder que si se rinden y se concentran en sus asuntos privados. Los movimientos populares han demostrado a menudo que esto es la verdad, mientras que una de las razones del poder comparativo de algunos estados y la debilidad de otros es la presencia o ausencia de este tipo de voluntad política colectiva. En muchas políticas, las potencialidades de poder se disipan por falta de una fe compartida en la democracia redentora. Las visiones poco realistas pueden ser una condición de los logros reales, así como una

receta para la decepción. Parece que la democracia está obligada a mirar en dos direcciones opuestas al mismo tiempo.

(3) Un tercer aspecto de la tensión entre los aspectos redentores y pragmáticos de la democracia se refiere a las instituciones democráticas y a la alienación a la que inevitablemente dan lugar. Es evidente que, para que se cumpla la promesa de poder popular de la democracia, sólo puede hacerse a través de instituciones que hagan efectivo y duradero ese poder<sup>58</sup>. Sin embargo, en la vertiente redentora de la democracia hay una profunda repulsa contra las instituciones que se interponen entre el pueblo y sus acciones, y un ansia de expresión directa y no mediada de la voluntad popular. Hay una tensión romántica aquí, invocando la voz viva del pueblo y su acción espontánea.

Es importante para la legitimación democrática que el sistema de gobierno sea visto como una expresión del pueblo: que (independientemente de lo que pensemos del gobierno en funciones) el Estado es nuestro Estado, no algo totalmente ajeno a nosotros<sup>59</sup>. Cuando no es así, la capacidad pragmática de la democracia para resolver las disputas políticas sin violencia se ve dañada. La mayoría de los planes para mejorar las versiones de la democracia tienen como objetivo reducir la alienación acercando el sistema de gobierno, convirtiéndolo en algo más expresivo para el pueblo. El problema de esa agenda es que el gobierno democrático significa instituciones. Es difícil ver qué podría hacer que la Hacienda británica, el Departamento de Seguridad Social o incluso el propio Parlamento se sientan como la expresión de la voluntad popular. Instituciones como éstas recuerdan el análisis de Marx del capital como el trabajo alienado del trabajador, experimentado por él no como la expresión de sus poderes creativos libres, sino como un objeto extraño que lo domina<sup>60</sup>. La democracia puede ser una forma de gobierno muy poderosa en la medida en que tiene la legitimidad de ser reconocida como nuestro gobierno. Pero para funcionar como gobierno, debe adoptar formas institucionales muy alejadas de la expresión popular espontánea. Como observa Beetham, “la democracia como método de gobierno no es lo que el pueblo decida en un momento dado, sino un conjunto de disposiciones para asegurar su control sobre el proceso público de adopción de decisiones de manera permanente”<sup>61</sup>. No es de extrañar, pues, que siempre haya margen para que las instituciones populares apelen a la voluntad del pueblo o a su acción espontánea.

Consideremos, por ejemplo, un tema que agita a los populistas en muchos estados occidentales, el lugar de la justicia penal en una democracia. En términos institucionales, la justicia democrática significa arreglos para asegurar a todos los ciudadanos la protección igualitaria de las leyes. En otras palabras, el sentido popular de la justicia debe mediar a través de las divagaciones del debido proceso legal. Pero los

<sup>58</sup> S. Holmes, *Passions and Constraints: On the Theory of Liberal Democracy*, Chicago, University of Chicago, 1995, pp. 8, 163-164 y 167.

<sup>59</sup> D. Beetham, *Legitimation of Power*, Londres, Macmillan, 1991, pp. 94 y 132-134.

<sup>60</sup> K. Marx, *Economic and Philosophical Manuscripts of 1844*, Moscú, Foreign Languages, 1961, p. 69.

<sup>61</sup> D. Beetham, *op. cit.*, 1992, p. 42.

<sup>57</sup> N. Pollack, *The Populist Mind*, Indianapolis, Bobbs-Merrill, 1967, p. 337.

resultados del debido proceso legal y la igualdad ante la ley a menudo entran en conflicto con el sentido popular espontáneo de la justicia. Esto deja un amplio margen para la movilización populista de la voluntad popular viva contra la letra muerta de la ley. Los liberales que temen el populismo son visitados por visiones de pesadilla de demagogos que incitan a las turbas de linchamiento a la acción directa, o tiranos populares que barren las formalidades legales.

En lo que respecta a este aspecto de la democracia redentora, puede haber una analogía con el célebre análisis de Weber sobre las instituciones religiosas. En términos de Weber, una iglesia es una institución en la que el carisma religioso es rutinario. Su jerarquía y sus rituales son legitimados por la autoridad divina, pero la *Vox Dei* es mediada por ellos. Como resultado, siempre es vulnerable al desafío mediante un llamamiento directo a la autoridad divina. El predicador carismático que dirige un renacimiento de base escucha las voces de Dios directamente, pasando por alto la jerarquía y los rituales de la Iglesia, hasta que su mensaje se vuelve rutinario y el ciclo comienza de nuevo<sup>62</sup>.

El lugar del populismo en la democracia es en cierto modo similar. Los populistas apelan más allá de las instituciones osificadas a la gente viva, proclamando la *vox populi* sin mediar. Como vimos anteriormente, estos movimientos suelen tener líderes más o menos carismáticos, individuos vívidos que pueden hacer la política personal e inmediata en lugar de ser remota y burocrática. En este contexto, el amateurismo y la falta de experiencia política se convierten en recomendaciones. Por supuesto, aquí hay una ironía: la preferencia por la representación personal directa en lugar de las elaboradas instituciones mediadoras propiamente dichas da al líder de un movimiento populista un grado de poder personal difícil de conciliar con las aspiraciones democráticas. En cierto sentido, por lo tanto, este atractivo populista romántico es miope, ya que la democracia no puede funcionar, de hecho, sin alienar las instituciones y la experiencia profesional. No obstante, también podría argumentarse que (como las instituciones religiosas rutinarias en el análisis de Weber) las instituciones democráticas necesitan un repunte ocasional de la fe como medio de renovación. En los casos en que la movilización populista radical contra una *partitocrazi* conduzca a la formación de nuevos partidos o a una reforma de la estructura institucional, la democracia puede considerarse efectivamente como un sistema autocorrectivo en el que ambos aspectos desempeñan su papel<sup>63</sup>.

### Radicalismos populistas y participativos

He sostenido en este artículo que las reflexiones sobre la movilización populista radical, que acecha incluso a las democracias más firmemente establecidas, pueden alertarnos sobre una ambigüedad ineludible en la democracia entre los aspectos redentores y pragmáticos, y una tensión entre sus dos caras que no puede dejar de alentar el populismo. Cabe señalar, sin embargo, que el populismo no es el único tipo de radicalismo que florece en esta brecha. Porque muchos de los temas del populismo son inquietantemente familiares para cualquier teórico político contemporáneo. ¿Dónde más nos hemos encontrado con una repulsión furiosa contra la política pragmática de los partidos y sus compromisos? ¿Dónde más esquemas para devolver la democracia a las bases y empoderar a la gente? ¿Dónde más se pide transparencia y franqueza en la relación entre la voluntad popular y el acto democrático, para la superación de la alienación? ¿Dónde sino en las teorías de la democracia participativa que surgieron de los movimientos radicales de la década de 1960 y que han dominado la discusión filosófica del tema desde entonces?<sup>64</sup>

Se puede objetar que la teoría democrática radical y la retórica populista no tienen nada en común, y que es indignante vincularlas. Los populistas no sólo se especializan en la acción, rara vez intentan un pensamiento profundo, sino que su estilo característico es una mezcla de sentido común casero y apelaciones emocionales, mientras que los teóricos de la democracia radical ponen la deliberación racional en el centro de sus teorías. Recordemos, sin embargo, que (dentro del marco oakeshottiano) el “racionalismo” está tan lejos de la política pragmática como lo está la “política de la fe”, y puede ser analizado plausiblemente como una versión de esta última. Ciertamente hay una gran dosis de fe redentora entremezclada con el racionalismo de la mayoría de las teorías de la democracia “deliberativa” o “discursiva”: fe en el poder transformador de la deliberación, y fe en que si la gente en las bases fuera expuesta a él, sus opiniones se transformarían en la dirección correcta (anti-populista)<sup>65</sup>. Aunque la mayoría de estos teóricos dudarían en dar poder al pueblo tal como está ahora (con opiniones reveladas por las encuestas de opinión y movilizadas por los populistas)<sup>66</sup> su objetivo es hacer realidad los deseos de la gente tal como serán cuando hayan sido informados e iluminados mediante la deliberación en asambleas cara a cara<sup>67</sup>.

Este no es el lugar para explorar las afinidades y contrastes picantes entre los que Sartori llama “per-

<sup>62</sup> M. Weber, *The Sociology of Religion*, Londres, Methuen, 1965, pp. 46-79.

<sup>63</sup> V. Bogdanor, “Western Europe”, en D. Butler y A. Ranney (eds.), *Referendums Around the World: The Growing Use of Direct Democracy*, pp. 24-97; M. Houndmills, 1994, p. 69; e I. Budge, *op. cit.*, pp. 103-104. Cf. B. Ackerman, *We the People: I: Foundations*, Cambridge, Harvard University, 1991.

<sup>64</sup> M. Kazin, *op. cit.*, pp. 195-198; N. Birnbaum, “What can we learn from the movements of 1968?”, *Constellations* I, 1994, pp. 144-157.

<sup>65</sup> C. Pateman, *op. cit.*, pp. 42-44; B. Barber, *Strong Democracy: Participatory Politics for a New Age*, Berkeley, University of California, 1984, pp. 119, 152-154, 232 y 237; J. Dryzek, *Discursive Democracy: Politics, Policy and Political Science*, Cambridge, Cambridge University, 1990, pp. 119-120; y J. Fishkin, *Democracy and Deliberation: New Directions for Democratic Reform*, New Haven, Yale University, 1991, p. 81.

<sup>66</sup> T. Cronin, *op. cit.*, p. ix.

<sup>67</sup> Por ejemplo, C. Pateman, *op. cit.*, pp. 42-44; B. Barber, *op. cit.*, pp. 119, 152-154, 232 y 237; y Fishkin, *op. cit.*, p. 81.

feccionistas” y “políticos”<sup>68</sup>, que son los más felices mirando el rostro redentor de la democracia. Más directamente relevante, quizás, son los intentos de poner en relieve teóricamente el aspecto pragmático de la democracia. Pues buena parte de los escritos recientes sobre la democracia están desencantados. El postmarxismo y el posmodernismo, algunos teóricos democráticos buscan explícitamente despojar a la democracia de todos los rasgos redentores y enfatizar su lado no mesiánico. Esto es la democracia sin fundamentos, la democracia como práctica política abierta, la democracia de la que no deberíamos esperar demasiado<sup>69</sup>. Pero la implicación del análisis presentado anteriormente es que cualquier intento de desterrar el aspecto redentor de la democracia probablemente sea contraproducente. Como una forma de interpretar la democracia, es como intentar mantener a una iglesia

sin fe. Tanto en política como en religión, la pérdida de la fe tiende a llevar a la corrupción y cede el terreno al evangelismo<sup>70</sup>.

## Conclusiones

He argumentado que las reflexiones sobre el populismo iluminan la ineludible ambigüedad de la democracia. La tensión entre sus dos caras es una invitación perpetua a la movilización populista. Pero los intentos de escapar a una interpretación puramente pragmática de la democracia son ilusorios, puesto que el poder y la legitimidad de la democracia como sistema pragmático continúa dependiendo, al menos en parte, de sus elementos redentores. Eso siempre deja espacio al populismo que acompaña como una sombra a la democracia.

## Bibliografía

- Ackerman, B., *We the People: I: Foundations*, Cambridge, Harvard University, 1991.
- Archibugi, B. y Held, D. (eds.), *Cosmopolitan Democracy: An Agenda for a New World Order*, Cambridge, Polity, 1995.
- Bachrach, P., *The Theory of Democratic Elitism – a Critique*, Boston, Little Brown, 1967.
- Barber, B., *Strong Democracy: Participatory Politics for a New Age*, Berkeley, University of California, 1984.
- Beetham, D., *Legitimation of Power*, Londres, Macmillan, 1991.
- , “Liberal democracy and the limits of democratization”, *Political Studies* 40 (1), 1992, pp. 40-53.
- Betz, H.-G., *Radical Right-Wing Populism in Western Europe*, Londres, Macmillan, 1994.
- Birnbaum, N., “What can we learn from the movements of 1968?”, *Constellations* I, 1994, pp. 144-157.
- Bobbio, N., *The Future of Democracy*, Cambridge, Polity, 1987.
- , “Democracy and the International System”, en B. Archibugi y D. Held (eds.), *Cosmopolitan Democracy: An Agenda for a New World Order*, Cambridge, Polity, 1995, pp. 17-41.
- Bogdanor, V., “Western Europe”, en D. Butler y A. Ranney (eds.), *Referendums Around the World: The Growing Use of Direct Democracy*, Houndmills, Macmillan, 1994, pp. 24-97.
- Bozóki A. y Sukosd, M., “Civil society and populism in the Eastern European democratic transitions”, *Praxis International* 13, 1993, pp. 224-241.
- Budge, I., *The New Challenge of Direct Democracy*, Cambridge, Polity, 1996.
- Canovan, M., *G. K. Chesterton: Radical Populist*, Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1977.
- , *Populism*, Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1981.
- , “Two strategies for the study of populism”, *Political Studies* 30, 1982, pp. 544-552.
- , “«People», politicians and populism”, *Government and Opposition* 19, 1984, pp. 312-327.
- Cronin, T., *Direct Democracy: The Politics of Initiative, Referendum and Recall*, Cambridge, Harvard University, 1989.
- Dahl, R., *A Preface to Democratic Theory*, Chicago, University of Chicago, 1956.
- Dahrendorf, R., *Reflections on the Revolution in Europe*, Londres, Chatto and Windus, 1990.
- Di Tella, T., “Populism into the twenty-first century”, *Government and Opposition* 32, 1997, pp. 187-200.
- Dryzek, J., *Discursive Democracy: Politics, Policy and Political Science*, Cambridge, Cambridge University, 1990.
- Fishkin, J., *Democracy and Deliberation: New Directions for Democratic Reform*, New Haven, Yale University, 1991.
- Gray, J., *Post-liberalism: Studies in Political Thought*, Londres, Routledge, 1993.
- Haider, J., *The Freedom I Mean*, Pine Plains, Swan, 1995.
- Hayward, J. (ed.), *The Crisis of Representation in Europe*, Londres, Frank Cass, 1995.
- Holden, B., *Understanding Liberal Democracy*, Nueva York, Philip Alan, 1988.
- Holmes, S., *Passions and Constraints: On the Theory of Liberal Democracy*, Chicago, University of Chicago, 1995.
- Ionescu, G. y Gellner, E. (eds.), *Populism: its Meanings and National Characteristics*, Londres, Weidenfeld and Nicholson, 1969.
- Jones, G. S., *Languages of Class: Studies in English Working Class History 1832-1982*, Cambridge, Cambridge University, 1983.
- Katz, R. y Mair, P., “Changing models of party organization and party democracy”, *Party Politics* I, 1995, pp. 2-28.
- Kazin, M., *The Populist Persuasion: An American History*, Cornell, Cornell University, 1995.

<sup>68</sup> G. Sartori, *op. cit.*, 1987, p. 82; afirma que “el perfeccionista (...) da credibilidad al demagogo”.

<sup>69</sup> Cf. C. Mouffe, *The Return of the Political*, Londres, Verso, 1993, pp. 4-6 y 145; J. Keane, “Democracy and the media – Without foundations”, *Political Studies* 40 (1), 1992, pp. 123-126; M. Warren,

“What should we expect from more democracy?”, *Political Theory* 24, 1996, pp. 241-270; y M. Saward, “Postmodernists, pragmatists and the justification of democracy”, *Economy and Society* 23, 1994, pp. 201-216.

<sup>70</sup> M. Oakeshott, *op. cit.*, 1996, pp. 108-113.

- Keane, J., "Democracy and the media – Without foundations", *Political Studies* 40 (1), 1992, pp. 116-129.
- Kobach, K., *The Referendum: Direct Democracy in Switzerland*, Aldershot, Dartmouth, 1993.
- Kornhauser, W., *The Politics of Mass Society*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1960.
- Lasch, C., *The True and Only Heaven: Progress and its Critics*, Nueva York, Norton, 1991.
- Lefort, C., *The Political Forms of Modern Society*, Cambridge, Polity, 1986.
- , *Democracy and Political Theory*, Cambridge, Polity, 1988.
- Linder, W., *Swiss Democracy: Possible Solutions to Conflict in Multicultural Societies*, Nueva York, St. Martin's, 1994.
- Lipset, S. M., *Political Man*, Londres, Heinemann, 1960.
- Magleby, D., *Direct Legislation: Voting on Ballot Propositions in the United States*, Baltimore, John Hopkins University, 1984.
- Manning, P., *The New Canada*, Toronto, Macmillan, 1992.
- , "Pauline's people", *The Weekend Australian*, 17-18 mayo, 1997.
- Marcus, J., *The National Front and French Politics*, Londres, Macmillan, 1995.
- Marx, K., *Economic and Philosophical Manuscripts of 1844*, Moscú, Foreign Languages, 1961.
- McLean, I., *Democracy and the New Technology*, Cambridge, Polity, 1989.
- Mouffe, C., *The Return of the Political*, Londres, Verso, 1993.
- Oakeshott, M., *Rationalism in Politics and Other Essays*, Londres, Methuen, 1962.
- , *On Human Conduct*, Oxford, Clarendon, 1975.
- , *The Politics of Faith and the Politics of Scepticism*, New Haven, Yale University, 1996.
- Pateman, C., *Participation and Democratic Theory*, Cambridge, Cambridge University, 1960.
- Piccone, P., "From the New Left to the New Populism", *Telos* 101, 1994, pp. 173-208.
- Pollack, N., *The Populist Mind*, Indianapolis, Bobbs-Merrill, 1967.
- Przeworski, A., *Democracy and the Market*, Cambridge, Cambridge University, 1991.
- Riker, W., *Liberalism Against Populism: A Confrontation between the Theory of Democracy and the Theory of Social Choice*, San Francisco, Freeman, 1982.
- Sartori, G., *Democratic Theory*, Detroit, Wayne State University, 1962.
- , *The Theory of Democracy Revisited (Vol. I)*, Chatham, Chatham House, 1987.
- Saward, M., "Postmodernists, pragmatists and the justification of democracy", *Economy and Society*, 23, 1994, pp. 201-216.
- Shils, E., *The Torment of Secrecy*, Londres, Heinemann, 1956.
- Taggart, P., *The New Populism and the New Politics: New Protest Parties in Sweden in a Comparative Perspective*, Londres, Macmillan, 1996.
- Warren, M., "What should we expect from more democracy?", *Political Theory* 24, 1996, pp. 241-270.
- Weber, M., *The Sociology of Religion*, Londres, Methuen, 1965.
- Westlind, D., *The Politics of Popular Identity: Understanding Recent Populist Movements in Sweden and the United States*, Lund, Lund University, 1996.